

Plañideras

Rox Martínez Cabezas

Primera edición en papel: noviembre de 2014

ISBN-13: 978-1503194090

ISBN-10: 1503194094

Diseño de portada: Ricardo Muñoz Martínez

Reservados todos los derechos.

No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo del titular de los derechos de la propiedad intelectual.

El autor, en su deseo de mejorar sus obras, agradecerá cualquier sugerencia que l@s lector@s le hagan por correo electrónico:

roxyvilanova@gmail.com

© *Rox Martínez Cabezas*

Sinopsis

Catalina Montesinos, viuda del ofertante Francisco de Odena y considerada la mejor plañidera de toda la comarca, recibe la petición de la señora de Entenza, Condesa de Prades, para ejercer, junto a sus dos hijas, Mercedes y Blanca, en el funeral de su marido, el Conde, a punto de morir.

Sin embargo, la visita desata una tormenta de conflictos, destapa los secretos familiares y da pie al trágico y último llanto.

“Cada día morimos, cada día cambiamos y sin embargo nos creemos eternos”

Struit insidias lacrimis cum femina plorat

(“Cuando una mujer llora,
está poniendo trampas con sus lágrimas”).

Dionisio Cantón

Aequat omnes cinis

(“La ceniza nos iguala a todos”).

Séneca

Agradecimientos

A mi adorada Isabel Laso, por su maestría en transmitir sus conocimientos en el arte escénico y porque sin ella, jamás hubiese entendido el mundo del Arte y del Teatro.

A mi marido, Ruben García, por su apoyo y edición, y por embarcarse, a mi lado, en esta aventura.

A Ubaldo R. Olivero por sus correcciones y ánimos para que la novela viese la luz.

A mi querido amigo Ricardo Muñoz, por su siempre estar disponible y por cederme todo su arte pictórico.

A Wojtek Red por cederme su arte fotográfico y plasmar de forma única el alma de la novela.

A todos los que me ayudaron en el proceso de investigación, en especial al maestro Javier Coria, por sus grandes conocimientos y su capacidad de transmitir los mismos, con esa pasión que le caracteriza.

A la familia, amigos y conocidos que siempre han estado a mi lado de forma incondicional.

A ti, querido lector, por atreverte.

A mi hija, Aitana, por hacerme madre.

1

El interior de la casa olía a sudor y a medicinas y a cerrado.

La Condesa recibió una carta de su servicio. La abrió rasgando el sello que lacraba el pergamino con la punta de su abrecartas. Fue un gesto seco, como el del manotazo que extermina a un mosquito. Sintió caer sobre sus pestañas copos de una nevada invisible, como si le hubieran erosionado los huesos todos los fríos del mundo, finísimos, diminutos, acumulados en la sucesión de temblores que, por un instante, pareció estremecerla. Los dedos de la Condesa se aferraron a la carta y sus ojos engulleron, con avidez, las palabras.

El Conde estaba en el sofá exhausto, pálido y flacucho. Desde el rostro, gastado y descompuesto, esputaba sangre, tosía sin cesar y manchaba el pañuelo,

de algodón, con grumos de sus coágulos.

—Todo el mundo fuera —ordenó la condesa.

El servicio se marchó. El sonido de la puerta al cerrarse alargó un eco de palabras que costaba pronunciar. Era un silencio propio de las parejas que se sientan a cenar por costumbre, y se cuentan cosas que no les interesan, que sirven sólo de entretenimiento, de hábito para fingir que todo sigue estando en el sitio que le corresponde.

La Condesa se aproximó hacia el ventanal que había al fondo del comedor. La luz se filtraba morosa e incipiente. Era una luz rojiza, laminada, que entraba por el cristal, y conservaba el recuerdo de otras tardes, en las que las gotas de lluvia tamborileaban sobre las tejas, y el cielo ennegrecía las vigas, ajeno al resplandor que entonces bañaba a la Condesa.

El Conde tosía sin cesar.

La Condesa se quedó pensativa.

—No tienes muy buen aspecto, querido —le acarició la mejilla y le mesó las canas—. En fin, ya he recibido la contestación de esa mujer a la que tanto te

empeñas en traer aquí. Aunque a juzgar por tu aspecto, será mejor que nos demos prisa o no llegará a tiempo.

La Condesa arrugó la carta. Se sirvió un licor. El Conde escuchó el borboteo del líquido rellenando la copa.

—Espero que estés contento querido —murmuró la Condesa—. En fin, ya tienes lo que pedías, aunque sigo diciendo que todo esto no creo que sea necesario, pero si esta es tu última voluntad, soy tu esposa y como tal he de cumplir las voluntades de mi marido —se aproximó a él.

El Conde dejó de toser. La Condesa escuchó su cansada respiración. Parecía entender que su mujer no aprobaba su decisión. Que la temía.

—Caprichoso, maldito caprichoso —le echó en cara la Condesa, con un tono arrugado como el tiempo de un pergamino ajado—. Desde que te conocí siempre quisiste todo a tu antojo. Descansa. Llamaremos a la muerte más tarde. No, deseo que todo esto quede en vano.

—Te.....re....ssa... —intentó decir el conde, en

muy malas condiciones, casi tan apagado como las velas que llegan al punto final de su consumo.

Al conde le subían por la garganta esputos sanguinolentos. Durante unos instantes contempló las gotitas de sangre, con el dolor agudo que las acompañaba y le invadía buena parte del pecho. En el rostro emblanquecido le aparecía una expresión seria y grave, una de busto romano, escrupuloso, la conciencia de oler a hojas podridas, el olor cobrizo de la sangre, el de su propio miedo a no tener el tiempo que quería.

Sintió ese miedo tan cercano como la náusea. No se iba a asustar, ni a temblar, ni a llorar, por más solo que se sintiese. Pensó en las vigas ennegrecidas del castillo, en el relincho de los caballos cuando llega la guerra, en la niebla que envolvía, a veces, las montañas como si fueran nubes de humo.

Ella ni se daba cuenta. Flotaba un olor a flores mustias, orina y sangre seca, y, desde arriba, la casa era tan sólo una sucesión de ruidos, de pasos, de silencios.

La Condesa llamó al servicio, con indiferencia.

Entró el mayordomo.

—Preparad los caballos y el equipaje —ordenó—. Marchamos de viaje por unos días. ¡Hacedme el favor de subir al Conde a su aposento! Está tan pálido que a este paso me lo vais a confundir con los muebles o con las cortinas.

2

Catalina se puso a escribir la carta que la Condesa recibiría poco después. Las palabras resonaban en su cabeza con una voz tan dulce como fuerte, según el sentido y la entonación que deseaba darles.

—*“Estimada Condesa de Entenza,
después de varias cartas, ha llegado a mis manos la decisión de usted en relación a la contratación de mis servicios junto al de mis dos adorables hijas, Mercedes y Blanca, cuya única intención es honrar con nuestra presencia el inevitable funeral de su marido el Conde de Entenza.*

Decirle con esta carta, que me honra tal decisión, aunque nos vemos en la necesidad de tener que rechazar tan succulenta invitación de visitarla para tratar las condiciones que nos suman, ya que tengo que decirle y no se ofenda por ello, que

este tipo de temas son tramitados en el lugar que yo determino y con la más estricta intimidad. En el caso que usted siga interesada en continuar con esta petición cabe la posibilidad de reunirse conmigo en la dirección que le detallo al pie de esta carta.

Esperaremos su visita a lo largo de estos días.

Muy atentamente, Dios guarde a V.S. muchos años, como deseo.

Catalina Montesinos, viuda de Francisco de Odena"

Blanca estaba sentada delante de un espejo grande. Al lado Mercedes, cubierta con un velo negro, sujetaba con los brazos medio abiertos otro negro velo bien doblado.

Detrás estaba Catalina acabando de peinar a Blanca. Las tres estaban vestidas de riguroso negro. Era el traje de la ceremonia.

Al lado había una mesita que sostenía un cuenco viejo de madera.

Catalina mojaba en él un pañuelo sin cesar y sin ver su reflejo en el espejo.

Catalina cogía el velo a Mercedes, lo desdoblaba con

cuidado.

Ahora se veía la cara de Blanca y ésta rompía a llorar en silencio.

De sus ojos empezaban a caer lágrimas. Sus manos se cerraban con fuerza.

Catalina la miró desde atrás y se vieron las dos en el espejo. Sonrió con gran satisfacción. Le puso el velo.

—Ya estamos. Podemos marcharnos —dijo Catalina—. Nos esperan y no podemos llegar tarde —Catalina se levantó, miró por la ventana y les dijo a sus hijas—. Fijaros. Ha venido hasta el mismísimo alcalde. Así que llorar y gritar tan fuerte que vuestros cuerpos queden sin respiración e inertes, como el que está metido en esa caja. Su esposa está en muy malas condiciones, quizás quiera convertirse en nuestro próximo confidente y unirse a la procesión de las lamentaciones.

Las dos hermanas hicieron una reverencia a la madre. Le besaron las manos. Se fueron.

Catalina quedó de pie delante del espejo. Se giró y se miró en él con la cara de satisfacción, mojó el pañuelo en el cuenco, se lo acercó a la cara. Se puso el velo.

—Cuantos años haciendo lo mismo Catalina, cuántos —murmuró—. Nadie de este maldito pueblo hará de ti cenizas. No tenías que haberle dicho a la Condesa que viniera, sabes como se las gasta y su marido no sabe ni tan siquiera pronunciar su nombre, tuestas al azar el camino que te labras. La necesitas más que a nadie y tu orgullo, tu vanidoso orgullo, convertirá esta torre de marfil en papel —cambió de registro—. Aunque otra salida podría ser la de casar a una de tus hijas. Como no espabiles, en poco tiempo se dedicarán a vestir santos en lugar de llorarles. Tendrás que casar a Blanca, si quieres continuar contando las lunas en monedas de plata, además, es la que menos caso te hace. Así matas dos pájaros de un tiro. El hijo del Conde busca ser desposado y su fortuna bien crecida la tendrá en monedas y en tierras a la muerte del padre. A ver que tiene que decir la Condesa cuando sepa que nos podríamos convertir en su familia más directa. Puedo ver su cara. No es mala idea Catalina. No lo es —murmuró para sí misma acabando de ponerse el velo negro que le cubría todo el rostro.

En ese momento se acercó Mercedes.

—Madre, ya está todo preparado. Marchamos cuando usted lo mande —aceptó, cabizbaja.

¿QUIERES SABER CÓMO ACABA?

Rox Martínez Cabezas



Plañideras

COMPRAR

COMPARTIR

VISTA PREVIA >

VER PRECIOS Y COMPRAR LA NOVELA